

Palabras para Jorge

Conocí a Jorge Lozano sentada en una silla observando cómo se abría ante mí un mundo de posibilidades. En cuanto dijo dos o tres frases, supe que había escogido la asignatura adecuada. Desde entonces, seguí su trayectoria, seguí sus publicaciones -que no eran pocas- y seguí teniendo en cuenta todo lo que me enseñó en tan solo una asignatura optativa.

Cuando años después quise doctorarme, ahí estaba él, en un posgrado previo demostrando que su forma de ver el mundo no había cambiado nada, si acaso, se había reforzado, y ahí estaba yo, embarazadísima, mientras él me reconocía en aquella misma silla y me daba la mano para que todo fuese más fácil. Estudié como con nadie, aprendí como con pocos. Siempre digo que no me enseñó Semiótica, me enseñó a mirar el mundo de manera distinta y ya no puedo usar otras gafas que no sean las suyas. Siempre recordaré sus conversaciones sobre la mediocridad y su perfecto italiano mientras pedía un postre en un restaurante buenísimo. No tengo ninguna duda de que Jorge es una de las personas que más me han influido: no por cómo era sino por lo que significaba su forma de ser y de estar en este mundo. Me siento afortunada por haber tenido esa suerte, pero también triste porque ya no quedan Jorges. Y ya nadie responde al otro lado del teléfono con un “Adriana, querida, ¿cómo estás?”.

Adriana Mourellos